

La universidad latinoamericana y caribeña

Los retos del nuevo siglo

*Lino T. Borroto López**

RESUMEN

Los problemas de la educación superior contemporánea hay que analizarlos a la luz de las realidades económicas, políticas y sociales a las que se enfrenta el mundo en los inicios del siglo XXI. Los avances de la revolución científico-técnica y la consecuente explosión de conocimientos que ella supone, el proceso de internacionalización de la economía primero y el proceso de globalización en su versión neoliberal después, entre otros elementos que matizan el entorno internacional, dejan una impronta en la educación superior que habrá que tener en cuenta a la hora de realizar un análisis de las circunstancias en las que se desenvuelve la universidad latinoamericana hoy día. En otro sentido, los nuevos paradigmas que se plantea el mundo contemporáneo y que se derivan en buena medida de las circunstancias antes anotadas, colocan a las universidades de la región en una verdadera encrucijada.

PALABRAS CLAVE: paradigmas, modernidad, posmodernidad, desarrollo.

ABSTRACT

This paper analyzes the contemporary higher education problems considering the economical, political and social realities that the World is facing at the beginnings of the XXI century. The Scientific-Technical Revolution's advances and the consistent explosion of knowledge that it supposes, the internationalization process of the economy and, therefore, the neoliberal globalization process, among other elements that qualifies international environment, leaves a stamp in the higher education that must be considered in the analysis of the circumstances in which Latin American university is developing nowadays. In other sense, the new paradigms that the contemporary World is setting out, derived of the aforementioned circumstances, place the region's universities in a real crossroad.

KEY WORDS: paradigms, modernity, posmodernity, development.

* Profesor titular, Programa Flacso-Cuba, Universidad de La Habana.

INTRODUCCIÓN

Los problemas de la educación superior contemporánea hay que analizarlos a la luz de las realidades económicas, políticas y sociales a las que se enfrenta el mundo en los inicios del siglo XXI. Los avances de la revolución científico-técnica y la consecuente explosión de conocimientos que ella supone, el proceso de internacionalización de la economía primero y el proceso de globalización en su versión neoliberal después, entre otros elementos que matizan el entorno internacional, dejan una impronta en la educación superior que habrá que tener en cuenta a la hora de realizar un análisis de las circunstancias en las que se desenvuelve la universidad latinoamericana hoy día.

En otro sentido, los nuevos paradigmas que se plantea el mundo contemporáneo y que se derivan en buena medida de las circunstancias antes anotadas, colocan a las universidades de la región en una verdadera encrucijada, donde tendrán que elegir entre servir a los intereses del gran capital o servir a los intereses del pueblo humilde, entre dejarse aplastar por la secuela de transformaciones en que está inmerso el mundo, convirtiéndose en razón instrumental del mismo, o, situándose como conciencia crítica de su tiempo, encabezar las transformaciones en bien de sus pueblos.

Entre esos paradigmas se encuentra el de la denominada “posmodernidad”, cuyos contornos, aún no definidos totalmente, inciden en la conciencia académica y determinan caminos no siempre convergentes en las políticas universitarias.

El presente ensayo pretende acercarse a esta problemática y contribuir al debate sobre el tema.

MODERNIDAD Y POSMODERNIDAD: ¿VIEJOS Y NUEVOS PARADIGMAS?

La categoría *paradigma* está referida al conjunto de teorías y métodos compartidos por las comunidades científicas (Pérez, 1998), aun cuando pueda existir disenso en relación al alcance de cada una de estas categorías. Esta categoría es la unidad más general de consenso dentro de una ciencia y sirve para diferenciar una comunidad científica (o subcomunidad) de otra. Subsume, define e interrelaciona los ejemplares, las teorías y los métodos e instrumentos disponibles (Ritzer, 1953, citado en Urrutia y González, 2003).

De lo que se trata es de que cada paradigma a lo largo de la historia ha estructurado un discurso con la pretensión de legitimarse, como fue el caso del paradigma de la *modernidad* y tal es el caso del paradigma de la *posmodernidad*.

De esta manera, si bien el concepto *modernidad* es aceptado por la comunidad científica como un cambio epocal que deslinda la denominada “era moderna” (identificada como capitalismo, aunque con matices, por los padres de la sociología, Marx, Weber y Durkheim) de la que se llamó “Edad Media”, en lo que se refiere a la posmodernidad no existe un consenso lo suficientemente fuerte como para hablar de otro cambio de época. Para Giddens (citado en Ibáñez, 2005), por ejemplo, la posmodernidad es una exacerbación de la modernidad y la califica como “modernidad radicalizada o alta modernidad”. Para Nascimento (2005), el prefijo *post* denota una cierta asociación de ideas anteriores pero no necesariamente una diferenciación radical. Pérez Lindo (1998), por su parte, citando a Daniel Bell, establece que en el campo de las ciencias sociales la posmodernidad aparece como una profundización de las tesis de Bell sobre la “sociedad posindustrial” propuesta en la década de 1960.

Lo cierto es que, al igual que el concepto de *modernidad*, el de *posmodernidad* se refiere a acontecimientos y teorías que se desarrollan en el mundo occidental desarrollado y que en dimensiones distintas (como es el caso de la Internet) tienen efectos planetarios.

En otro sentido por lo complejo del problema, existen opiniones (Nascimento, 2005) que establecen que

[...] la posmodernidad debe ser abordada según se posicione con respecto a la modernidad como superación, afirmación, confirmación, legitimación o diferenciación de la misma, esto es como posmodernidad, antimodernidad, supra-modernidad, submodernidad, etcétera. Además pueden estar implicadas categorías como postcristianismo, posthumanismo, postracionalismo, el postcapitalismo, etcétera [...] Se puede hablar coherentemente de posmodernidades (en plural) como fragmentos de un conjunto más amplio.

Como quiera que todos estos conceptos surjan y se desarrollen de forma prioritaria en el mundo desarrollado y constituyan herramientas de naturaleza ideológica para el mantenimiento de la hegemonía, es necesario realizar un examen aunque sea brevemente de estos

posicionamientos, porque todos ellos, al adicionar un prefijo (*post, anti, supra, sub*), no hacen otra cosa que “negar” la modernidad sin cambiar sustancialmente su contenido, o lo que es lo mismo, sin imprimirle un nivel de continuidad bajo el manto de una “nueva dimensión epocal”, fenómeno que encaja muy bien en los conocidos procesos de globalización, por un lado, y de desmantelamiento del mundo socialista, por otro; de manera que para América Latina y el Caribe alcanzar la posmodernidad hoy, es equivalente a la quimera que significó alcanzar en su momento la modernidad, proyecto que como se conoce no tuvo el nivel de realización esperado y deseado.

De lo que se trata es de comprender que la universidad latinoamericana y caribeña está insertada dentro de la comunidad científica y como tal tiene la función de producir nuevos conocimientos a la vez de participar en proyectos de investigación transinstitucionales; lo anterior considerando las formas de cómo se incorpora a estos paradigmas, qué posiciones asume y cómo incide (o cómo debe incidir) en la formación de los profesionales y científicos de la región en los planos ético y político, de manera que éstos retomen el problema del desarrollo y lo dirijan en una perspectiva real y no engañosa. Sobre este aspecto del problema estableceremos algunas consideraciones en los próximos párrafos.

MODERNIDAD Y POSMODERNIDAD, SU VÍNCULO CON EL DESARROLLO Y CON LA UNIVERSIDAD EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: VIEJOS Y NUEVOS PARADIGMAS

América Latina y el Caribe, en un sentido, se han “desarrollado” al calor de estos procesos civilizatorios, y aún hoy se encuentran enmarcados en la realidad que encierra estos paradigmas del desarrollo. En la región coexisten megaciudades como la capital de México que con más de 20 millones de habitantes constituye quizás la más grande ciudad del mundo, a la cual acompañan Buenos Aires, Sao Paulo y, en menor extensión, Río de Janeiro, Guadalajara, Santiago de Chile, Caracas y Brasilia, mismas que cuentan además con un importante desarrollo industrial y que contrastan con ciudades como Managua, San Salvador, Tegucigalpa, mucho más pequeñas y con menor desarrollo, situándose en el extremo Puerto Príncipe, que pertenece a otra dimensión. Ninguna de ellas, sin embargo, es económica o socialmente (situándonos en la circunstancia de los actores sociales)

homogénea, y en muchas de ellas incluso podemos apreciar extensos cordones de miseria, como el que circunda a la ciudad de Caracas y el que acompaña a la ciudad de Río de Janeiro (las fabelas).

Al interior de todos y cada uno de los países puede observarse, además, la más extraordinaria asimetría, lo que hace de la región la de peor distribución de riquezas (y de desarrollo) del mundo. América Latina y el Caribe por lo tanto constituyen una región que puede ubicarse en espacios que van desde la premodernidad hasta la posmodernidad, desde Argentina y Chile, tratando de ajustarse a las exigencias del recién iniciado siglo XXI, hasta Haití, tratando de ver cómo emerge del siglo XVIII (Borroto, 1996); todos, sin embargo, están enmarcados en una misma circunstancia: la cultura de consumo, popularizada, por demás, con el anglicismo *shopping*, la que se ha generalizado –aunque para muchos de los sujetos sociales esta cultura no rebasa el marco de lo virtual en la medida que sus ingresos reales no les permiten consumir en la misma dimensión que la propaganda oferta.

Toda esta problemática se inscribe en el debate teórico de la posmodernidad y lo posmoderno, debate que consideramos debe estar en el centro de los estudios teóricos de las universidades latinoamericanas y caribeñas vinculadas a la problemática fundamental, el desarrollo –desentrañando la filosofía que subyace y que emana desde los centros de poder de Occidente que pretende mantener un estatus de hegemonía–, y no sólo ser tratado –como sucede en la actualidad en una importante cantidad de universidades– en el plano de la cultura, entendida ésta como cultura artística y literaria, cultura arquitectónica (donde parece que comienza el movimiento de lo “post”) o cultura filosófica en su gradiente de especulación.

Asociado al discurso posmoderno, se trata de establecer nuevos paradigmas, como aquel que resulta “del fin de la historia”, preconizado por Fukuyama, o el fin de las ideologías (a propósito del desmontaje del mundo socialista); todo este discurso enmarcado en un espacio que según algunos autores abarca el periodo comprendido entre 1789 (Revolución Francesa), que marca el triunfo definitivo en el plano de las ideas del imaginario capitalista, y la caída del muro de Berlín (1989), que se asocia con el triunfo definitivo del capitalismo sobre el socialismo.

Vale la pena detenerse en el discurso del fin de las ideologías y desentrañar, en una primera instancia, sus consecuencias para el

funcionamiento posterior de las universidades latinoamericanas y caribeñas.

Este discurso posmoderno (en su vertiente política) no toma en cuenta que en la misma medida que la globalización invade todos los aspectos de la vida del individuo y determina (o trata) todo su horizonte cultural, el proceso de alienación en creciente se va apoderando cada vez más de ese individuo que comienza a buscar “asideros” de naturaleza ideológica (existencial), con lo cual las ideologías, lejos de tener un fin, comienzan un nuevo proceso de proliferación.

De esta manera, la muerte de Dios, proclamada por la modernidad, se convierte en el renacer de muchos dioses, tantos, como versiones fundamentalistas se desarrollan y fortalecen. La agresión constante a la naturaleza por las nuevas tecnologías y la realidad de un desastre anunciado (crónica de la muerte, para parafrasear a García Márquez) desarrolla todo el movimiento ecologista con una profunda ideología; de igual forma, el acceso imparables de la mujer a los planos de la ciencia, la técnica y la política necesita a su vez de la definitiva liberación de ésta de la cultura patriarcal que ha caracterizado a la humanidad, desarrollando una poderosa ideología del feminismo.

En el caso de América Latina, a estos fenómenos habría que sumarles problemas concretos como la marginalidad: ¿podríamos hablar de una cultura e ideología de la marginalidad objetivada en el hecho de que más de mil millones de personas viven en la pobreza, el narcotráfico, etcétera, que en tanto modos de vida bien generalizados desarrollan otras tantas ideologías?

La realidad es que los tiempos que corren acusan formas distintas de ver la realidad, donde el imaginario está conformado por lo virtual (consumo, hedonismo, etcétera), soportado por las nuevas tecnologías de la información, que se inserta como “paradigma” para todos, independientemente del lugar que ocupe en la sociedad y/o qué parte de la distribución de la riqueza le llegue.

“Ser postmoderno no implica lo mismo que ser postmodernista” (Pérez, 1998). La teoría de la posmodernidad difiere del posmodernismo en que no tiene como referente dominante las creaciones estéticas actuales ni se circunscribe a las metrópolis de Estados Unidos o Europa occidental. Pero ambas (posmodernidad y posmodernismo) constituyen una actitud de ruptura con la modernidad. De acuerdo con Malidiani, “podría decirse que el posmodernismo consiste en la declaración de que el proyecto moderno se ha vuelto obsoleto”. Por

su parte, David Lyon afirma: “la posmodernidad se refiere sobre todo al agotamiento de la modernidad”. O lo que es lo mismo, posmodernidad referida a cómo considerar el tiempo actual, y posmoderno o posmodernismo referido al pensamiento que subyace en los intentos de explicación de la realidad.

Vale la pena evaluar este planteamiento a la luz de lo que considero debe ser uno de los encargos de las universidades latinoamericanas y caribeñas en su función de conciencia crítica de la sociedad.

Se trata de considerar que si el proyecto de la “modernidad” se encuentra agotado (concepto con el cual coincido) y, por otro lado, lo “posmoderno” se inserta en el marco de una nueva dimensión del capitalismo asumido como “nueva dimensión epocal o civilizatoria”, ¿cuál es entonces la perspectiva de los países de nuestra región?, ¿debe o no contribuir la universidad a desentrañar esta cuestión?, ¿cómo?, ¿es lo posmoderno, como continuación de lo moderno, lo que debe imponerse?, ¿a lo moderno, debe sucederle una nueva dimensión epocal, un nuevo proceso civilizatorio?, y si es así, ¿cuál debe ser esta nueva época?

Existen opiniones (Barbero, 2005) que establecen que “los discursos se interpelan y entrecruzan pero en sentidos diversos”. Mientras en Europa y Estados Unidos los filósofos y científicos sociales hablan de modernidad (y en mi criterio por extensión de posmodernidad como continuidad de aquella), en América Latina los empresarios y políticos hablan de modernización, con lo cual siguen tratando de repetir el ciclo de desarrollo que fue válido para los hoy países centrales. Contribuir al esclarecimiento de estos conceptos constituye una labor sustantiva de nuestras universidades, donde se forman, en sentido general, los políticos, dirigentes y empresarios (aunque es verdad también que muchos de ellos se forman o se recalifican en universidades de Estados Unidos o Europa) que deben conducir los destinos de nuestros pueblos.

La comprensión de esta circunstancia y el rediseño de las currículas de forma consecuente constituyen una urgencia.

Este rediseño de currícula debe estar centrado en la reformulación del paradigma universitario en el sentido de qué mundo es necesario construir, para partiendo de aquí tratar de acercarse a ese mundo (por aproximaciones sucesivas) en la inteligencia de que en las circunstancias actuales el “ideal” debe tener su racionalidad en “lo posible”, pero teniendo el ideal como meta; entonces, no se trata de

quitar o agregar (viéndolo en la dimensión positivista) métodos o temas teóricos, filosóficos o culturoológicos, sino de cambiar la filosofía del currículo, que incluye revisar todos estos temas y ponerlos en otra dimensión.

Lo anterior no significa que en la actualidad se estén dando fenómenos nuevos que merezcan la atención. Por un lado, el conocimiento, con el desarrollo científico-técnico, se hace cada vez más relativo, más un proceso de acumulación, donde lo nuevo se convierte en lo cotidiano; por otro lado, el mismo proceso de globalización, que pretende (de hecho en muchos casos lo logra) imponer un determinado tipo de cultura (cultura de masas calzada por los medios de comunicación, la economía transnacionalizada y un consumo estratégicamente dirigido), tiene con los niveles de resistencia cultural de diversas regiones (incluidas las minorías) su punto de contradicción, trayendo como consecuencia la exacerbación de esencialismos culturales, religiosos y de todo tipo que impiden la existencia de un lenguaje homogéneo para designar la realidad, porque parafraseando a Marx, si bien el mundo tiene que ser cambiado a diferencia del nivel de interpretación (Marx, *Ludwing Feuerbach*, Tesis 11), en la actualidad, cuando el mundo cambia todos los días (es verdad que en un sentido y sólo en uno), a cada cambio es necesario un consecuente nivel de interpretación.

Lo anterior se vincula de forma directa con otro de los problemas que se inscriben en el debate modernidad-posmodernidad y que es el referido a la integración, el cual tiene necesariamente que relacionarse con estos cambios en los modelos culturales (a los que en alguna medida nos hemos referido) que se están produciendo y que tienen su impronta en el cambio de cosmovisiones. La universidad latinoamericana y caribeña tiene una responsabilidad impostergable en el tratamiento de este problema, porque ella se encuentra instalada en espacios multiculturales muy complejos que en muchos casos aún siguen apostando a esa vieja postura eurocentrista y colonizadora de los orígenes. Las preguntas entonces serían: ¿es que acaso la integración es un fenómeno sólo de naturaleza económica?, ¿o sólo de naturaleza política?, ¿es la suma de acuerdos arancelarios, de integración de ramas de la economía o de ruptura de barreras espaciales?, ¿y el universo cultural de los procesos de integración?

Siguiendo la línea de pensamiento del profesor Alberto Padilla, "el Estado nacional, integrado al esquema de globalización, cuenta con

las universidades para la integración regional de todos los pueblos, a la supuesta cultura universal, la cultura occidental, civilizatoria, hoy hegemónica” (Padilla, 2003).¹

En lo que concierne a América Latina, la anterior reflexión tiene un profundo significado, en tanto que esta parte del mundo es incorporada a la modernidad a partir del proceso de descubrimiento, conquista y colonización, aunque apuntando que no es incorporada en el centro del proceso, sino en la periferia, contribuyendo así a la modernidad desde la no modernidad.

América Latina, como se sabe, fue “inventada” (García Canclini, 1995) por Europa en un proceso de conquista y colonización iniciado por España y Portugal que se reelaboró luego de las intervenciones de Francia, Inglaterra y otras naciones metropolitanas. Estas relaciones de dependencia, que en cada periodo implicaron conflictos e hibridaciones, fueron concentrándose a lo largo del siglo XX en los vínculos con los Estados Unidos. Las modificaciones ocurridas mientras se transitaba de la subordinación europea a la norteamericana en los mercados agrícolas, industriales y financieros, en la producción, circulación y consumo de tecnología y cultura y en los movimientos poblacionales –turistas, migrantes y exiliados–, alteraron estructuralmente el carácter de esa dependencia.

De esta manera, el examen de la universidad, y sus proyecciones en el siglo XXI, hay que realizarlo a partir de esta realidad de dependencia porque los vínculos que ahora hacen que América Latina dependa de Estados Unidos y de los poderes globalizadores se dejan explicar a partir de una relación colonial y neocolonial –fundamentalmente respecto de Estados Unidos– pero además como el reordenamiento de una posición periférica dentro de un sistema mundial de intercambio desigual.

Como podemos suponer, estas predicciones suponen un reto en materia de investigación en ciencias sociales para las universidades de América Latina y el Caribe toda vez que, por un lado, las imágenes que ya se transmiten, lejos de no constituir informaciones de fondo, conforman un imaginario que cobra una fuerza inusitada en los pueblos de esta parte del mundo. Por otro lado, la eliminación del

¹ Resulta muy interesante el proyecto del doctor Alberto Padilla Arias –profesor-investigador de la UAM-Xochimilco– sobre la “Universidad multicultural”, que incluye trabajos teóricos y prácticos.

analfabetismo, la drogadicción, etcétera, no puede considerarse una responsabilidad sólo de los sistemas educativos –que sin duda pudieran contribuir mucho a ello– sino de una voluntad política que hay que ir conformando a partir de un análisis detallado y riguroso de qué somos, por qué somos así, y si tenemos que seguir siendo así o podemos modificar el curso de los acontecimientos.

Por último, la prospección de la UNESCO establece el periodo desde el 2060 hasta el fin del siglo como “sociedad creativa” como un producto directo de las etapas anteriores, sin que se establezca –válido también para las etapas anteriores– bajo el signo de qué procesos políticos en el plano regional y geopolítico se desarrollarán estas etapas. La investigación en ciencias sociales a la que estamos instando a las universidades debe incluir entonces un análisis prospectivo de las tendencias que en el plano de las políticas se desarrollan en el mundo, y cómo ellas repercuten en América Latina y el Caribe.

Si como suponemos, la desaparición de la bipolaridad, con la desintegración del mundo socialista –que aun con sus defectos, en su momento constituía una alternativa–, establece un periodo prolongado de desarrollo lineal en el sentido capitalista, esta inserción de las universidades en la problemática adquiere una mayor urgencia.

La otra cara del problema se plantea entonces desde qué horizonte enfrentará la universidad este problema. A esta cuestión dedicaremos los próximos párrafos.

Un primer horizonte lo podemos ubicar en lo que pudiéramos llamar el “inmovilismo universitario”.

Muchos autores apuntan hacia el hecho de que la universidad atraviesa una crisis de identidad a su interior. Ampliando este aspecto de la cuestión, nos encontramos que, en un primer nivel de análisis, la copia de los modelos europeos de estructura y funcionamiento universitarios (esencialmente los de Alemania y Francia) llevan a las universidades latinoamericanas a oscilar en un péndulo que va desde el aglutinar en el departamento docente (modelo alemán) a profesores que imparten las materias propias del departamento y de las investigaciones que llevan a cabo los mismos profesores, hasta separar (modelo francés) las investigaciones de la docencia propiamente dicha, al crear, en unos casos dentro de las estructuras universitarias y fuera de ellas en otros, institutos o centros de investigaciones.

En este esquema, la docencia se liga fuertemente a las prácticas profesionales, mientras que los centros e institutos se dedican a la

generación cognoscitiva en sus diversas formas: científica, humanística pura, aplicada y tecnológica. Con esta fórmula, la conexión directa (Mureddu, 1993) con el aparato productivo de los bienes y los servicios se da en la docencia a nivel de licenciatura mientras que el avance científico, que tiende a responder a las exigencias del mismo aparato productivo mediante presiones financieras y de la política científica del Estado, se confía a grupos de especialistas concentrados en estructuras universitarias o extrauniversitarias, cada vez más alejados de la docencia o unidos a actividades docentes de posgrados.

Lo anterior conduce directamente a una realidad establecida como peligro en la actualidad, derivada del hecho de que las trasnacionales, como tendencia en creciente, lejos de encargar a las universidades el desarrollo de proyectos científicos, los acometen en sus propios institutos de investigación. Si a ello sumamos la también creciente desatención financiera que por parte de los Estados sufren hoy las universidades públicas, queda poco qué decir.

A lo anterior habría que añadir que las sociedades de consumo privilegian el *tener* (dimensión que asociada a un hombre sustancialmente individualista, constituye otro paradigma de la posmodernidad) por encima del *conocer*, y aun del propio *ser*. En este universo de representación, el consumir es el parámetro de medición del ser humano y el hombre se convierte en una pieza más del engranaje del sistema capitalista.

El inmovilismo como alternativa universitaria significaría la autodestrucción de la universidad latinoamericana; el inmovilismo entendido como aceptación acrítica de la realidad que se nos impone significaría la autodestrucción de la universidad latinoamericana. Desde Córdoba, en los inicios del pasado siglo, quedó bien claro que uno de los ingredientes de la identidad de la universidad latinoamericana está dado en el interactuar críticamente con su entorno. En Córdoba fue uno, ahora es otro. Formar un profesional absolutamente ajustado a las exigencias de los centros de poder que privilegie el tener por encima del conocer y aun del propio ser.

El otro horizonte estará dado en que la universidad se convierta, como ya hemos anotado, en conciencia crítica de su tiempo, pero no solamente en conciencia crítica en contra de un determinado modo de producción, sino en conciencia crítica (Mureddu, 1996) en tanto que laboratorio donde se descubren los elementos fundamentales que

actualmente dirigen el modo de vivir e interpretar el sentido de la vida humana, que ha olvidado el ser humano.

De asumir este horizonte, la universidad tendría que plantearse entonces:

1. Recuperar para su membresía (profesores y estudiantes) la memoria histórica que le posibilite reconocerse en el tiempo histórico, y los proyecte hacia otro futuro, y no el que le tiene deparado el sistema por el que transita.
2. Con la recuperación de la memoria histórica, desarrollar una nueva conciencia con una alta prevalencia de la ética, en el sentido del reconocimiento de que en tanto que profesionales de una región concreta trabajan para sus pueblos, que en su inmensa mayoría hoy sufren de marginación.
3. Plantearse la necesidad de que la alternativa viable (no sin escollos) a la globalización la constituye hoy desarrollar nuestra propia globalización, es decir, la integración como estrategia, y entonces contribuir a darle un contenido a esa integración.
4. Darle un vuelco a las labores de extensión universitaria que tradicionalmente ha estado centrada en divulgar aspectos de la cultura artística y literaria para centrarla en el desarrollo de verdaderos talleres de investigación-acción-participación en el mejor espíritu freiriano, de manera de contribuir a la culturización política de las amplias masas de latinoamericanos.

Estos cuatro puntos significan, por supuesto, retos para la universidad latinoamericana y caribeña; el primero de ellos es en función de en qué desarrollo se sitúa a la universidad, lo cual significa si se pondrán en función del desarrollo entendido como crecimiento (como parece ser el discurso en las universidades de los países desarrollados, y como se está planteando en alguna medida el discurso en la región) o si además de esto, se pone, como debiera ser, en función del desarrollo de la espiritualidad del hombre, lo cual equivale a que en el pensamiento universitario no se olvide el aspecto social del desarrollo en momentos en que se polarizan cada vez más la riqueza y la pobreza como producto del esquema neoliberal de desarrollo impuesto a la región por los centros de poder. Esta dimensión de lo social obligaría a la universidad a una revisión de los discursos (modernidad, posmodernidad, posmoderno), construir su propio paradigma y propiciar

que el mismo adquiriera cuerpo y alma no sólo en la academia sino en el conjunto de la población mediante la labor extensionista.

El otro reto está asociado a lo que ya hemos mencionado de la pérdida de la identidad universitaria, que no está dada solamente por el cese de algunas de sus funciones, como pudiera ser la producción de conocimientos, sino en la pérdida de su visión sobre qué considera debe ser la sociedad futura (y presente) y cuál es su papel en ella, en la inteligencia de que los intereses del mercado (que sin duda están presionando en toda la perspectiva universitaria) están muy definidos, y por tanto su influencia y presión operan siempre en una misma dirección, en tanto que los intereses de la sociedad (llamémosla sociedad civil) pueden no coincidir entre el conjunto de sus integrantes. Este reto está asociado al hecho de la definición de este tiempo y a la posición que asuma la universidad con su tiempo, lo cual se traduce en: ¿será moderna la universidad latinoamericana y caribeña?, ¿será post?, ¿cuál es el tiempo de la región?, ¿el moderno?, ¿el post?, ¿o aun el premoderno?

Un tercer reto está en que con la denominada “revolución tecnológica”, y su incidencia en la adquisición de conocimientos, exista la tendencia a restarle importancia a la clase tal y como hoy la concebimos (me refiero a la clase en un aula, no a los métodos pedagógicos que indiscutiblemente tendrán que cambiar) y a propiciar el acceso al conocimiento desde cualquier lugar y en cualquier tiempo, lo que puede dar pie a corrientes en favor de la desarticulación de la universidad en el caso de América Latina y el Caribe.

Cuando hablo de “desarticulación” estoy pensando en que la digitalización pudiera significar que desde cualquier lugar el estudiante pueda tener acceso a la información. La enseñanza se convertiría en eso, en “enseñanza” en el sentido de trasmisión de conocimientos, de información, y dejaría de cumplir la muy importante función de educación en el sentido de trasmisión de valores, o lo que sería peor, se transmitirían los valores que las transnacionales de la información dictaran. En este sentido, el lenguaje corporal *vis a vis* entre profesor-alumno, el choque directo entre contradicciones, es esencial en el proceso docente educativo. Además, la virtualidad absoluta contribuye a desarticular los movimientos sindicales y estudiantiles, los que han contribuido al desarrollo de la educación superior.

Aun pudieran establecerse algunos otros retos, como los que se desprenden del problema de la calidad de los docentes, el estable-

cimiento de la currícula de estudio (ya analizado), el problema de quién accede a la universidad en tiempos de globalización neoliberal, etcétera.

La encrucijada de la universidad latinoamericana está presente, y a ésta corresponde darle la respuesta adecuada, y una mejoría en la calidad de vida.

BIBLIOGRAFÍA

- Barbero, Jesús Martín (2005), "Nuevos regímenes de visibilidad y descentramientos educativos", *Revista de Educación*, núm. 338.
- Borroto López, Lino T. (1996), "Problemas contemporáneos de la educación superior", ponencia presentada en el taller internacional "La educación hacia el siglo XXI", La Habana.
- García Canclini, Néstor (1995), *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, México.
- Ibáñez, A. et al. (2005), *Retos y perspectivas de la educación superior*, Plaza y Valdés, Madrid.
- Marx, Karl (1962), *Ludwig Feurbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana.
- Mureddu Torres, César (1966), "Identidad universitaria y producción de conocimiento", en Luis F. Bojalil (comp.), *Universidad y conocimiento*, UAM-Xochimilco, Mexico.
- Nascimento Amos (2005), "Una genealogía de la posmodernidad en el contexto latinoamericano" [<http://www.javeriana.edu.co/pensar/dissens15html>].
- Padilla Arias, Alberto (2003), "Hacia una universidad multicultural. El verdadero sentido de la Universitas", ponencia presentada en "Pedagogía 2003", La Habana.
- Pérez Lindo, Augusto (1998), *Nuevos paradigmas y cambios en la conciencia histórica*, Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba).
- Urrutia Torres y Gracila González (2003), *Metodología, métodos y técnicas de la investigación social III*, Selección de lecturas, Editorial Félix Varela, La Habana.